

nuestras cabezas; pues que recaiga en hora buena: lavád con esta sangre criminal las manchas de la que hizo derramar. Pero que sea esta la última; devolvamos á la naturaleza el derecho de la muerte usurpado por el despotismo: los reyes no saben castigar sino con suplicios, y el oprobio debe ser el suplicio de los republicanos. —

Hay en esta terrible escena no sé qué combinacion de heroismo y de horror, de grandiosidad y fiereza, que escita tantos afectos encontrados, que no es fácil decidir, si el actor era el mas execrable de todos los hombres, ó el mas embriagado de fanatismo político y de entusiasmo revolucionario.

NOCHE DÉCIMA.

LA narracion que ahora empieza, ofrece nuevos objetos de dolor, no ménos dignos de saberse que los anteriores. Ya no es el monarca destronado, cautivo y mártir el que se presenta á nuestros pensamientos melancólicos: la tumba ha consumido al que mandaba á los hombres, y ya crece la yerba sobre sus huesos carcomidos. Otros actores salen en esta escena lastimera; mugeres enlutadas y sin consuelo, un tierno niño, cuyas gracias se marchitan con los desastres.... Si en este siglo corrompido hay algunas almas, que desentendiéndose de los lazos del egoismo, se mantienen intactas de su corrupcion, y se compadecen de las miserias de los infelices y de las lágri-

mas de los desgraciados; vengan y oigan esta narracion fúnebre, en que se esplaya mi corazon. Este puro alimento de las almas sensibles sería un mortal veneno para las que están ya enduercidas por los fantásticos placeres del amor propio. Ven pues, doncella afable y candorosa; ven, jóven virtuoso; acudid á escucharme. ¡Ojalá que en premio de los desvelos que he consagrado á la melancolía, logre escitar en vuestros tiernos pechos algunos generosos sentimientos; y que este escrito, depositario de los míos, sea humedecido con vuestras lágrimas! ¿Qué otra recompensa puede darse mas halagüeña para el hombre de bien, que se ocupa en describir las desgracias de sus semejantes?

Apénas, continuó el respetable Fermont al empezar la décima noche, apénas Luis xvi cayó bajo la cuchilla, los enemigos del órden social dirigie-

ron contra él las armas sediciosas que tenían en las manos. No parecía sino que la sangre del rey, de la que cada uno había bebido algunas gotas, encendía en sus pechos un desenfreno implacable y el furor de la desolacion. Las opiniones mas detestables y las providencias mas destructoras salían de las cavernas del jacobinismo, como las lavas abrasadoras de las bocas de los volcanes. Con los gritos enfurecidos, con las imprecaciones sangrientas y con los clamores sediciosos, que atronaban las bóvedas de la Convencion, y se difundían sin cesar de uno á otro extremo de la Francia, una fiebre frenética infestó una parte de sus habitantes, al paso que la otra estaba sobrecogida de un temblor mortal. De los residuos de la Bastilla, demolida por la libertad, el despotismo de la anarquía construyó mil Bastillas nuevas, que se vieron llenas indistinta-

mente de amigos y de enemigos de la patria. Los decretos de un decemvirato usurpador, mas absoluto que el divan de Constantinopla, se escribieron con sangre; y mandando que se derramase á rios, fueron obedecidos en todas partes. El gorro sangriento del desenfreno asomó en el horizonte político, á manera de un metéoro en medio de las tempestades; y el nivel de una igualdad indeterminada fué la cuchilla de las proscripciones. Entónces se realizaron los tristes vaticinios del monarca en sus postreros momentos, pues se apoderaron de todos los corazones dos impulsos encontrados; de los unos la saña desenfrenada por destruir, y de los otros la indiferencia por conservarse. ¡Deplorable trastorno de las leyes de la naturaleza, que se encaminan de continuo á crear y conservar! Se vió en aquellas carnicerías humanas competir las víctimas y los verdu-

gos; aquellas por alargar prontamente su cerviz, y estos por degollarlas con sus desapiadados cuchillos. La guadaña revolucionaria no perdonó las canas, ni la juventud, ni los vínculos del amor: degollaba á un tiempo á la vírgen tímida en los brazos de su madre, á la esposa trémula sobre el pecho de su esposo, y al anciano apocado sobre el de su hijo. El enfermo traspasado de dolores, y el moribundo consumido en su penosa agonía, no pudieron salvarse de su furor: no respetó ni talentos sublimes, ni virtudes heroicas, ni prendas recomendables; y hacinó en el cadalso el lapicero del dibujante, la pluma del escritor y el compas del geómetra. ¡O recuerdo de horror y de compasion! ¡ó noche sangrienta, que duraste mas de dos años! ménos funesta todavía por el mal que hiciste, que por las semillas que dejaste. ¡Qué vestigios de devas-

tacion asolaron á mi patria! ;qué veneno tan activo emponzoñó los principios de la moral! ; cuántas pasiones viles, cuántas inclinaciones perversas fueron abortadas por esta sentina de corrupcion, así como se forman los reptiles del cieno de los pantanos! Y sin embargo de esto, entre tanto que todos los delitos cercaban la Francia, al modo que Milton nos describe á los espíritus infernales sitiando al cielo, el denuedo de los nuevos republicanos asombraba al mismo tiempo con sus hazañas el Danubio y los Alpes, el Océano y los Pirineos. Pundonorosos en extremo, no obraban como genizaros de la tiranía, sinó como dignos campeones de la libertad; y mientras degollaban á sus padres en Paris, se vengaban de los asesinatos con victorias. Así por una contraposicion, no vista hasta entónces, el desenfreno y la mortandad deshonoraban la admi-

nistracion pública, al paso que la generosidad y el heroísmo esclarecían nuestros campamentos.

Disimule Vd. este desahogo, en que acaso me habré explicado con demasiado calor; pero es difícil contener los impulsos interiores, cuando recibe el alma una impresion muy dolorosa.

Ocho meses habían pasado desde el 21 de enero, sin que encontrase arbitrio para ser de utilidad á los presos del Temple, ni aun para restablecer alguna comunicacion con ellos. Solo supe por los diarios, que Carlitos había sido arrebatado á la ternura y educacion materna, para ponerle á cargo de un artesano, individuo de la municipalidad, llamado Simon. Tambien me acababan de noticiar que la Convencion, á propuesta de Barrere, había dispuesto se entregase la persona de María Antonieta al tribunal del 10

de marzo, y que la habían trasladado de la torre del Temple á los calabozos de la Consergería. Tales eran los rumores que corrían, aunque en secreto; pues el ademán amenazador que iba tomando de dia en dia la asamblea convencional, las facultades terribles con que acababa de autorizar al tribunal revolucionario, las mutaciones hechas en todos los ramos de la administracion, el semblante bravío del pueblo, que temblaba y amenazaba al mismo tiempo; tantos objetos diversos, nuevos y horrorosos, embargaban la atencion, ocupaban los ánimos y conmovían los corazones.

A estos motivos generales de zozobra y desconsuelo se añadía para mí el de la separacion de mi amado alumno. Su padre, lord Fitz-Asland, movido por sus continuas instancias, y tal vez incitado por algun tanto de ambicion, había marchado para solicitar de la

corte de San Jámés, que negociase la libertad de la reina y de su familia. Edwino, madama Melwood y su preciosa hija le habían seguido, dejando en mi corazon, habituado á respirar el mismo ambiente que ellos, un luto indecible, y un vacío horroroso en mis ojos acostumbrados á verlos de continuo. Por cierto que si la necesidad absoluta de un agente seguro y de un corresponsal fiel, y la esperanza de servir á la desgraciada familia del rey, no me hubiesen obligado á residir en Paris; hubiera dejado para siempre esta Babilonia moderna, en donde el delito se presentaba con la cabeza erguida; y la virtud viviendo sombríamente, ocultaba en el polvo su rostro augusto y desconocido.

A principios de setiembre, Michonis, administrador de policia, hombre atento y sensible, pero mas zeloso que prudente, vino de oculto á

mi casa. Llegó el punto, me dijo, de hacer todo lo posible para socorrer á la desventurada Antonieta, pues la han pasado al tribunal revolucionario, que es lo mismo que enviarla á la muerte. Parece que la teme poco; pero el deber de sus amigos es salvarla, y yo puedo ayudaros á buscar algun arbitrio de acuerdo con ella. Como administrador de policía, y encargado peculiarmente de las cárceles, puedo sin inconveniente introducirme en la de la reina. Queréis acompañarme? — Al oír esto, me fuí con él á los calabozos de la Consergería, en los que me hallaba muy tranquilo cuando estuve preso, por verme inocente; pero ahora que encerraban una princesa desgraciada, y en fin una muger, no los podía mirar sin espanto y sin horror.

Vosotros, que admirando de paso aquella puerta magnífica, obra maes-

tra de tantas artes reunidas, atravesáis sus verjas doradas, y os adelantáis precipitadamente á los pórticos brillantes, y á esa sala inmensa y magestuosa, que parece una plaza pública, donde se juntan los intérpretes de la ley; cuando os vais embelesando por esas galerías alhajadas y enriquecidas con los costosos juguetes del lujo y los nobles partos del ingenio, entre el tropel revuelto de paseantes curiosos, de vendedores y compradores, y en medio de esas petimetras de primer orden, cercados de libreros ingeniosos, que os brindan con las *Aventuras de Faublas* y las *Obras de Smith*; decid, jóvenes y ancianos, ¿habéis nunca parado la consideracion, en que vues tras plantas van hollando calabozos y hombres? Sabéd pues que las bóvedas del palacio cubren el anchuroso atahud, llamado *Consergeria*, en donde yacen, suspiran y mueren mil veces

antes de espirar, los infelices que allí están encerrados.

Se baja á esta cárcel por dos puertecillas de hierro, en cuyos umbrales hay unos guardas horribles, sucios, bigotudos, cejijuntos é insolentes. Apenas ha sonado el quicio de las puertas, cuando estos cancerberos observan atentamente al que entra, y leleen en cierto modo el interior; pues su instinto y esperiencia les hace adivinar con facilidad los motivos que le conducen á aquella triste mansion. El aspecto de Michonis amansó sus frentes adustas, y aun vi que asomaba la sonrisa en sus labios. A la luz de dos lámparas, que parece no arden en aquella lobreguez sinó para horrorizar mas con su mismo resplandor, nos encaminamos por un corredor estrecho y arqueado, en cuyo extremo hay una sala espaciosa, cercada de bancos de madera arrimados á su pared desnuda, y

sin mas muebles que una grande mesa en forma de escritorio. Allí reside el alcaide Richard, y mas comunmente su muger, con la cual encontramos; y luego que Michonis le manifestó sus deseos, dejando en su lugar un carcelero viejo de su confianza, tomó un hachon y nos acompañó al cuarto de la reina. Vais á verla sosegada y alta-nera, nos dijo á media voz; en el rincón de un calabozo está como en medio de su corte, y causa respeto á los que tiene al rededor. Pero el orgullo que la sostiene por el dia, la desampara llegando la noche, porqué se acuerda entónces de que es madre, y en el silencio y la oscuridad llora y gime. — Despues de dejar á la izquierda el archivo y calabozos del piso, dimos vuelta, y entramos en un segundo corredor, alumbrado como el primero, por el cual se paseaba un gendarme con el sable desenvainado. Había

dos puertas, y por entre los barrones de la una la alcaidesa me enseñó un preso, tendido sobre su lecho y custodiado por un centinela. Estaba macilento y desgreñado, y en su aspecto daba muestras de una desesperacion muy violenta. Es un hombre, me dijo madama Richard, condenado á muerte por haber asesinado á su padre. — Había vuelto hacia él mis ojos compasivos; pero estas últimas palabras me los hicieron retirar por el horror que me causaron. O contraste! decía yo en mi interior, ver á un parricida inmediato á la reina de Francia.

Abrió la otra puerta; y cuando entramos, iba yo á la espalda de Michonis para que no me viese Antonieta, que estaba sentada remendando sus medias. Al oírnos hizo un movimiento, volvió la cabeza hacia nosotros, y enseñó al magistrado la humilde labor en que se empleaba. He leído en Ho-

mero, dijo sonriéndose, que las reinas se hacían sus coturnos, y yo estoy bordando el mio. — Michonis levantó los ojos al cielo, y suspiró.

Después que por su orden la muger que la servía y el gendarma que la guardaba, se retiraron con madama Richard, me puse de modo que pudiera verme. Antonieta prorumpió en un alarido de dolor y de asombro, como que mi presencia le ofrecía mil recuerdos amargos. ¡Ah señor de Fermont, exclamó, qué débil soy, y cuán muda me encuentra Vd.! Solía pensar ántes con alguna entereza; pero ya no puedo resistir á mi desgracia. He podido perder tanta grandeza sin abatirme, he podido dejar de ser reina sin morir; pero ¿cómo he de vivir ya, sin ser esposa ni madre? — Estas ideas, acompañadas sin duda de las de su situacion presente y de su suerte venidera, la enternecieron en extremo, y

luego enjugándose las lágrimas, continuó señalando á Michonis : Este es el único hombre que he hallado entre las fieras que me rodean. Reunidos todos contra mí, andan inventando cada dia alguna nueva humillacion, para que me horrorize mas mi destino, y así van goteando sobre mi corazon el tósigo de la adversidad : se deleitan en oír mis ayes, y ántes de embriagarse con mi sangre, se sacian de mis lágrimas. Este solo ha conservado en su alma la noble imágen de la humanidad, y es el único que se conduce de mí. Michonis, (añadió estrechando con vehemencia la mano del magistrado, y mirándole con la expresion mas tierna) hombre sensible y animoso, ¿sabes que te pueden acriminar el que alivies á una persona desdichada, y que quizá te envolveré en mi ruina? Este pensamiento me estremece... Ah! deja que la desventura vaya acabando

con mi existencia y desampárame, si es que deseas darme gusto. —

El carácter generoso y desinteresado de Michonis hace adivinar desde luego su respuesta, y el largo rato que duraría la contienda de magnanimidad entre él y la encarcelada reina. Por algunas palabras de esta comprendí, que se habían acordado medidas, y que se preparaban arbitrios para arrebatarla de la muerte y del cautiverio; mas esto era sin su anuencia. ¿Qué haré yo, decía, con una vida, á la cual no tengo mas apego que el natural de los sentidos? Todos los demas vínculos ¿no están ya rotos? ¿quién me devolverá las satisfacciones del trono, el amor de mi esposo y los halagos de mis hijos? Era reina, esposa y madre, y estaba bien hallada con la vida : ahora que estoy presa y en un sepulcro, debo morir.

Para el carácter de Antonieta no eran

del caso los lenitivos consoladores, que suministran la religion y la filosofía á los corazones sencillos y accesibles; el de la reina, lleno de ambicion y estragado con una educacion orgullosa, solo se avenía con los pensamientos altaneros, y no escuchaba mas que los proyectos heroicos. Le manifesté pues, que la Francia y la Alemania se desvelaban por su persona, y atendían á conservar su existencia, olvidando los grandes intereses nacionales, por deliberar sobre el suyo: le mostré el Gobierno decemviral de la nueva república, aquel Gobierno tan pujante y terrible en su potestad usurpada, conmovido y turbado á presencia de una muger, que reuniendo en su cabeza los derechos y las esperanzas de las casas de Lorena y de Borbon, reuniría tambien sus eficaces esfuerzos: le presenté la Europa pendiente del nuevo proceso, esto es, del nuevo ultraje inten-

tado contra las dos mas ilustres casas soberanas, acetchando, por decirlo así, hasta dónde se propararía el arrojido de los perseguidores, y pronta á precaver, por una esplosion vengadora, un segundo regicidio: en fin, despues de haberle mostrado la distinguida senda que se estaba preparando, para encumbrarla desde el sepulcro en que yacía, hasta el alcázar de la gloria, y despues de haberle vaticinado que resonarían en sus oidos las aclamaciones de la posteridad; fuí bajando de estos sentimientos sublimes á otros mas naturales y afectuosos, y le hablé de sus hijos. Le nombré especialmente el jóven y tierno Carlitos, tan interesante y tan idolatrado, único, débil y precioso vástago de un tronco ya muerto, regado al crecer con sangre y lágrimas, y combatido por todas las tormentas. ¡O poder incontrastable de la ternura maternal! á este nombre ado-

rado, aquella frente altanera se fué a-mortiguando, aquellos ojos centellantes de orgullo se bañaron en lágrimas, y por entre las nieblas de su tristeza asomó la grata sonrisa en los mismos labios, cerrados poco ántes por la desesperacion. Todavía soy madre, exclamó, y viviré. Ah señor de Fermont! ¿de dónde saca Vd. esos rasgos irresistibles, y ese acento persuasivo que triunfa de las mas firmes resoluciones?

Pero ántes de informar á Vd., continuó la viuda de Luis, de los recursos que todavía quedan á Michonis, á Toulan y á un corto número de mis verdaderos amigos, me creo obligada á manifestarme á Vd. sin rebozo. Lo que voy á decirle, ilustrará á Vd. sobre los consejos que le he de merecer, y sobre la conducta que debe observar. Le haré conocer algunos sugetos, de quienes probablemente depende hoy mi suerte, é iré señalando lo que debe

Vd. practicar, para minorar su poderío, su venganza y su maldad.

Al acabar estas palabras Antonieta, se levantó, y se fué hacia un rincon de su cuarto, cubierto con un trózo de tapiz que servía de cortinaje al catreillo de tijera, donde solía descansar. Bajo la cabecera de aquel lecho miserable tenía escondido un rollo de papeles, que sacó, y luego vuelta á nosotros, dijo: Mientras ha vivido mi desgraciado esposo, he reconcentrado en lo íntimo de mi corazón la causa principal de nuestros infortunios, porque se le hubiera hecho muy doloroso el ver que yo tenía en parte la culpa, como la tengo en efecto, de los males que padecemos. La inesperienza y la poca reflexion me han traído por grados hasta aquí, y no sé qué fatalidad espantosa me ha hecho cómplice en los delitos, de que soy víctima. Ya que Luis XVI no existe, mitigo el descon-

suelo de mi viudez, y el horror de mi prision, escribiendo estas tristes memorias. Con esto hago rebosar sin duda la copa envenenada, que me están aplicando á los labios hace tiempo; pero tambien me parece que así se disminuye su amargura. —

En esto Michonis quiso retirarse, á pesar de las instancias de la reina. Aun puede Vd. estar, me dijo el magistrado, en compañía de S. M. dos horas, pues es el tiempo que necesito para dar una vista á los presos, y me haría sospechoso, si estuviere aquí mas tiempo. — Fuése, y la reina empezó la lectura de su manuscrito, que me entregó mas adelante, y que su muerte me permite comunicar á Vd.

ESTRACTO

DEL

MANUSCRITO DE MARÍA ANTONIETA,

INTITULADO:

UNA CAUSA SECRETA DE LA REVOLUCION.

(*Documentos justificativos*, núm. 19.)

« La Providencia nos descubre su existencia y su poder, haciendo que de cada una de las acciones, que componen la vida del hombre, resulte un acontecimiento memorable, que viene á ser su moralidad. Pero á fin de que sea útil este acontecimiento, y que esta moralidad redunde en beneficio de toda la especie, ha querido que uno y otro fuesen siempre en sentido encontrado con los deseos corrompidos, y sirviesen igualmente para cubrir de vergüenza, y á veces de casti-